

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO

Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

CAPÍTULO V

EL CRISTO MÍTICO

HEMOS visto ya en qué forma se han aplicado los estudios de la Mitología Comparada á la destrucción de las Religiones; pues bien, algunos de sus más demoledores ataques se han dirigido en contra del Cristo. Su nacimiento de una Virgen en «Navidad», la matanza de los inocentes, sus milagros y enseñanzas, su crucifixión, resurrección y ascensión, acontecimientos todos de la historia de su vida, se hallan también consignados en las narraciones de otras vidas, y en su consecuencia, se rechaza su existencia histórica, por considerarse tales identidades imposibles. Por lo que hace á los milagros y á las enseñanzas, contestaremos en breves palabras. La mayor parte de los grandes Maestros han realizado hechos que en el plano físico aparecen como milagros á los ojos de sus contemporáneos, pero que los ocultistas reconocen como fenómenos naturales, producidos mediante el ejercicio de poderes que desarrollan todos los Iniciados que están por encima de cierto grado. Y por lo que respecta á las enseñanzas de Jesús, confirmamos que no son originales; pero cuando los profesores de Mitología Comparada creen haber proba-

do que ninguna procede de inspiración divina, porque las mismas doctrinas morales salieron de los labios de Manu, de los de Buddha y de Jesús, el argumento les da en el rostro, pues precisamente repitió Jesús las enseñanzas de sus predecesores, porque era un mensajero de la misma Logia. Las profundas verdades del Espíritu divino y humano eran tan ciertas veinte mil años antes de que Jesús naciera en Palestina, como después que nació; y decir que el mundo estuvo abandonado sin estas enseñanzas, y que el hombre fué entregado á las tinieblas morales desde el principio del mundo hasta hace veinte siglos, es asegurar que hubo una humanidad sin Maestros, hijos sin Padre, almas humanas que clamaban por luz en una obscuridad que ninguna respuesta les daba: conceptos todos tan blasfemos de Dios como desesperantes para el hombre; conceptos á que dan un mentís solemne las apariciones de todos los sabios, la potente literatura, las nobles vidas de las edades sin cuento anteriores á la venida de Cristo.

Reconociendo, pues, en Jesús, al gran Maestro de Occidente, al Mensajero enviado por la Logia para dirigir el mundo occidental, vamos á examinar la dificultad que ha destruído esta creencia en el ánimo de mucha gente. ¿Cómo es que se encuentran en las religiones anteriores al Cristianismo las festividades conmemorativas de la vida de Jesús? ¿Cómo se celebran en aquéllas idénticos acontecimientos aplicados á las vidas de otros Maestros?

La Mitología Comparada, que en los tiempos modernos ha encaminado la atención pública hacia estos asuntos, cuenta apenas un siglo de existencia, pues tuvo origen cuando aparecieron la *Historia Abreviada de los diversos Cultos* de Dulaure, el *Origen de todos los Cultos* de Dupuis, el *Panteón Hindo* de Moor, y el *Anacalypsis* de Godfrey Higgins. A estas obras siguieron otras muchas, cada vez más científicas y severas en la recolección y comparación de los hechos, hasta el punto de llegar á hacer imposible que una persona culta se atreva tan siquiera á discutir las identidades y semejanzas que por todos lados se ponen de manifiesto. Ya no se encuentran cristianos dispuestos á sostener que los símbolos, ritos y ceremonias del Cristianismo sean únicos, á excepción — ni hay que decirlo — de la gente ignorante, pues aún vemos la sencillez de las creencias mano á mano con la ignorancia de los hechos. Pero aparte de esta gente, no encontramos ni siquiera entre los cristianos más devotos, quien niegue que el Cristianismo tenga mucho de común con religiones más antiguas. Después de todo, es bien sabido que en los siglos «siguientes á Cristo» tales semejanzas eran cosa corriente, no haciendo, pues, la moderna Mitología Comparada más que repetir con gran precisión lo que en la Iglesia primitiva universalmente se reconocía. Justino Mártir, por ejemplo, atestó sus obras de referencias á las religiones de su tiempo; y si cualquier moderno impugnador del Cristianismo deseara hacer numerosas citas de los casos en que las enseñanzas cristianas son idénticas á las de religiones más antiguas, no encontraría seguramente depósito más abundante de ellas que los escritos de los apologistas del siglo segundo. Citan ellos enseñanzas, narraciones y símbolos paganos, y ale-

gan que la identidad que con éstos tienen los cristianos, debería ser motivo bastante para que los últimos no fuesen rechazados desde luego como increíbles. Justino Mártir da de esta semejanza una razón muy curiosa que, á la verdad, no encontrará muchos valedores en los tiempos modernos. Dice así: «Los que enseñan los mitos formados por los poetas, no exponen prueba alguna á los jóvenes que los aprenden. Nosotros demostraremos que son debidos á la influencia de los demonios perversos, atentos á engañar y descarrilar á la especie humana, pues sabedores de los anuncios de los profetas sobre la futura venida de Cristo y sobre el castigo de los malvados por el fuego, crearon muchos hijos de Júpiter, con la intención de despertar en los hombres la idea de que las cosas dichas de Cristo eran cuentos de maravillas, ni más ni menos que las que los poetas decían. . . » «Y los diablos, por cierto, cuando oyeron al profeta publicar la ablución, indujeron á los que iban á sus templos y les rendían culto con libaciones y holocaustos, á que también se rociasen; y asimismo hacen que se laven por completo antes de marcharse. . . » «La cual (la Cena del Señor) han imitado los malvados diablos en los misterios de Mithras, ordenando que se haga lo mismo. . . » (1). «En cuanto á mí, cuando descubrí el perverso disfraz que los malos espíritus habían puesto á las divinas enseñanzas de los cristianos, para impedir que otros las aceptasen, me eché á reír» (2).

Como se ve, pues, las semejanzas eran tenidas por obra de los demonios, copias de los originales cristianos, ampliamente difundidas por el mundo antes del Cristianismo, en previsión de su venida y con el fin de crearle obstáculos. Cosa escabrosa es sin duda y difícil de aceptar, eso de que las enseñanzas más antiguas sean copias, y sus originales las aducidas en época relativamente moderna. Pero, así y todo, no tratamos de contender con Justino Mártir sobre si las copias precedieron al original ó el original á las copias, contentándonos con aceptar su testimonio respecto de la existencia de estas identidades entre las creencias que florecían en su tiempo en el imperio romano, y la nueva religión que estaba comprometido á defender.

Con la misma sencillez se explica Tertuliano al afrontar la objeción que por aquel entonces se hacía también al Cristianismo, de que «las naciones extrañas á toda inteligencia de los poderes espirituales, atribuían á sus ídolos la inmersión en agua como igualmente eficaz». «Así lo hacen» — contesta con toda franqueza—, «pero ellos se engañan á sí propios con aguas que son viudas. La ablución es el medio por el cual son iniciados en algunos ritos sagrados de cierta Isis ó Mithras conocidos; y á los Dioses mismos honran con abluciones. . . En los juegos Apolinarios y Eleusinos son ellos bautizados; y suponen que esto tiene por efecto regenerarlos y remitirles las penas debidas á sus perjuros. Y al par que reconocemos la realidad del hecho, re-

(1) Vol. II, Justino Mártir, *Apología Primera*, párrafos LIV, LXII y LXVI.

(2) Vol. II, Justino Mártir, *Apología Segunda*, pá. XIII.

conocemos también el celo del demonio en emular las cosas divinas, pues hace practicar el bautismo á los que le están sujetos» (1).

Para desatar el nudo de estas semejanzas, vamos á estudiar el Cristo Mítico, el Cristo de los mitos ó leyendas solares; pues estos mitos constituyen las formas pictóricas en que ciertas profundas verdades fueron dadas al mundo.

Ahora bien; un «mito» no es lo que se imagina la mayor parte de la gente, esto es, una historia fantástica fundada en un hecho real, y aun ajena por completo á toda realidad. Un mito contiene mucha más realidad que una historia; pues una historia es sólo narración de sombras, mientras que un mito hace referencia de las substancias que proyectan esas sombras. Como lo de arriba, así es lo de abajo; y *primero* es lo de arriba, y lo de abajo *después*. Existen grandes principios, conforme á los cuales nuestro sistema está construído; existen ciertas leyes que regulan el desarrollo de estos principios en detalle; existen grandes Seres cuya constitución son los principios, y sus funciones las leyes; existen huestes de entidades inferiores que actúan como vehículos de estas funciones: son agentes, instrumentos; y vienen, por último, los Egos humanos, que, mezclados con todos ellos, son copartícipes en el desenvolvimiento del gran drama cósmico. Estos diversos trabajadores de los mundos invisibles proyectan sus sombras sobre la materia física, y estas sombras son «cosas»; los cuerpos, los objetos de que el universo físico está constituido. Las sombras dan sólo una pobre idea de los objetos que las lanzan, bien así como lo que aquí abajo llamamos sombras, dan una idea muy pobre de los objetos que las producen; son meras siluetas de fondo obscuro, desprovistas de pormenores, con longitud y latitud, pero sin profundidad.

Es la historia narración muy imperfecta, y á veces desconcertada, de la danza de estas sombras en el mundo umbrío de la materia física. El que haya visto funcionar una linterna mágica y haya hecho comparación de lo ejecutado por un hábil jugador detrás del lienzo con lo que sobre él es percibido, podrá obtener una vívida idea de la naturaleza ilusoria de las acciones umbrosas y deducir de ello analogías no descaminadas (2).

El mito refiere cómo se mueven los que las sombras hacen, y el lenguaje usado para ello es lenguaje de símbolos. Así como nosotros tenemos palabras que significan cosas — ejemplo, la palabra «mesa», que es símbolo de un objeto conocido de cierta especie — así los símbolos significan objetos de planos más elevados. Constituyen un alfabeto pictórico, cada uno con su significación propia, el cual emplean todos los escritores de mitos. Cada símbolo lleva adaptada la designación de determinado objeto, á la manera con que las palabras se usan entre nosotros para distinguir una cosa de otra;

por tanto, el conocimiento de los símbolos es necesario para la lectura de los mitos. Los expositores originales de los grandes mitos son siempre Iniciados, hechos á manejar el lenguaje simbólico y á emplearlo, por de contado de un modo invariable y reconocido.

Todo símbolo tiene un significado principal y además otros varios alternos que guardan relación con el primero. Por ejemplo, el Sol es el símbolo del Logos, y éste es su significado principal ó primario. Pero también significa una encarnación del Logos, ó sea uno de los grandes Mensajeros que Lo representan temporalmente, al modo que un embajador representa á su Rey. Los altos Iniciados que para misiones especiales toman carne humana y viven entre los hombres por algún tiempo, como Directores ó Maestros, son designados por el símbolo del Sol; pues aunque éste no sea su símbolo propio en un sentido individual, sí lo es por razón de su cargo.

Todos los Seres á quienes este símbolo designa, se distinguen de un modo notorio: sus condiciones características son especiales; determinadas las situaciones por que pasan; singulares las acciones que ejecutan. El Sol es la sombra física ó cuerpo del Logos, y así se le llama; de aquí que su curso anual en la naturaleza sea reflejo de la actividad del Logos, en la forma parcial en que una sombra es capaz de representar la actividad del objeto que la proyecta. En suma: es el curso anual del Sol la sombra del Logos, «del Hijo de Dios», cuando desciende á la materia; y esta es la significación del Mito Solar. De aquí procede, también, el que cualquiera encarnación del Logos, ó sea uno de Sus altos emisarios, represente así mismo en su cuerpo mortal esa actividad, á manera de sombra. Por esto han de producirse de necesidad las semejanzas que en las historias de esos emisarios se ofrecen; y, consiguientemente, donde se note la falta de tales identidades está la prueba de que la personalidad de que se trata, no tuvo plenos poderes: su misión fué de un orden inferior.

Es, pues, el Mito Solar una narración que, representando en primer lugar la actividad del Logos ó la Palabra en el Kosmos, viene en lugar secundario á resumir la vida de una individualidad que es una encarnación del Logos, uno de Sus excelsos embajadores. El Héroe del mito es presentado comúnmente como Dios ó Semi Dios, y su vida, según se comprenderá por lo que va dicho, ha de ser trazada conforme á la carrera del Sol, que es la sombra del Logos. La parte de carrera consumida durante la vida humana es la comprendida entre el solsticio de invierno y la llegada al zenit en el verano. El Héroe nace en el solsticio de invierno, muere en el equinoccio de primavera, y, venciendo á la muerte, se eleva en medio del cielo.

En este respecto son interesantes las siguientes observaciones, aunque se refieren al mito de un modo más general, como una alegoría que semeja verdades internas: «Alfredo de Vigny ha dicho que la leyenda á veces es más verdad que la historia, porque la leyenda no da cuenta de los hechos, á menudo incompletos y abortivos, sino del genio mismo de los grandes hombres y de los grandes pueblos. Este hermoso pensamiento es sobre todo

(1) Vol. VII, Tertuliano, *Sobre el Bautismo*, cap. V.

(2) El lector estudioso puede ver la narración de la «Cueva» y de sus habitantes, de Platón, teniendo presente que era un Iniciado. *República*, lib. VII.

aplicable al Evangelio, pues en él no se contiene la mera narración de lo que ha sido, sino además el relato sublime de lo que es y de lo que siempre será. Siempre será el Salvador del mundo adorado por los reyes de la inteligencia que representan los Magos; multiplicará El por siempre el pan de la eucaristía para alimento y fortaleza de nuestras almas; cuando en negra noche y en medio de la tormenta le invoquemos, vendrá siempre á nosotros, andando sobre las aguas, y extenderá siempre Su mano para ayudarnos á caminar por cima de las olas; siempre acudirá á los desórdenes de nuestra mente, y devolverá á nuestros ojos la luz perdida; y luminoso y transfigurado se presentará por siempre en el Tabor á sus devotos, interpretando la ley de Moisés y templando el cielo de Elías» (1).

Ya veremos que los mitos están íntimamente relacionados con los Misterios, pues parte de éstos era la vívida representación pictórica de lo que ocurre en los más elevados mundos, la cual venía al cabo á tomar la forma de mito. En los Pseudo-Misterios las reproducciones pictóricas de los verdaderos se representaban mutiladas en un drama, ejecutado por actores; y muchos de los mitos secundarios son estos mismos dramas puestos en escritura.

El amplio bosquejo de la historia del Dios Sol es muy claro: su accidentada vida se comprende dentro de los primeros seis meses del año solar; los seis restantes se dedican á la protección y conservación general. Nace siempre en el solsticio de invierno, después del día más corto del año, á la media noche del 24 de Diciembre, cuando el signo de Virgo se eleva sobre el horizonte; nacido en tal coyuntura, nace siempre de una virgen, la cual sigue siendo virgen después de haber dado á luz á su Hijo Sol, como el signo celeste de Virgo sigue inmutable é inmaculado cuando el Sol surge de él en el cielo. Débil y desvalido como niño, venido á la vida durante los días más cortos y las noches más largas—para nosotros que estamos al Norte del ecuador—, rodeado de peligros en su infancia, es en sus primeros días el reino de las tinieblas mucho más largo que el suyo. Pero vive á pesar de todos los peligros que le amenazan; los días se prolongan hacia el equinoccio de primavera, y llega el momento de pasar de uno á otro extremo, de cruzar la crucifixión—, cuya fecha varía con cada año. A veces se encuentra al Dios Sol esculpido dentro del círculo del horizonte, con la cabeza y los pies tocando la circunferencia al Norte y al Sur, y, extendidos los brazos, toca con las manos el Este y el Oeste. — «El está crucificado». Después de esto se eleva triunfante y sube á los cielos, y madura el grano y el racimo, dándoles de su vida misma para que se forme su substancia, y, mediante ella, la de sus adoradores. El Dios nacido al amanecer del 25 de Diciembre, es crucificado siempre en el equinoccio de primavera, y siempre entrega su vida para alimento de sus adoradores.— Estos son los distintivos más salientes del Dios Sol. Lo fijo de la fecha del nacimiento y lo variable de la de la muer-

te tienen significación muy grande, cuando observamos que la primera es la de una posición fija del Sol y la segunda la de una posición variable del mismo. «La Pascua de Resurrección» es movable, y se calcula por las posiciones relativas del Sol y de la luna; cosa impropia para fijar el aniversario de un acontecimiento histórico, pero muy natural é inevitable cuando se trata de calcular una festividad del Sol. Fechas variables que no indican la historia de un hombre, sino que apuntan al Héroe de un mito solar.

Estos sucesos están reproducidos en las vidas de los diversos Dioses Solares, de cuyas imágenes hay ejemplos abundantes en la antigüedad. La Isis de Egipto, como María de Bethlehem, era nuestra Señora Inmaculada, Estrella del Mar, Reina del Cielo, Madre de Dios. Representábase la de pie sobre la media luna, y coronada de estrellas, dando de mamar á su hijo Horus, y con la cruz detrás del niño sentado en la falda de su madre. El signo de Virgo del Zodiaco se encuentra representado en antiguos dibujos por una mujer amamantando un niño; este es el tipo de todas las futuras Madonas con sus divinos hijos, el cual muestra el origen del símbolo. Así se ve también la figura de Devaki con el divino Krishna en sus brazos, y así la de Mylitta, ó Istar, de Babilonia, con la especial corona de estrellas y su hijo Tammuz en las rodillas. Mercurio y Esculapio, Baco y Hércules, Perseo y los Dioscuros, Mithras y Zarathustra, tuvieron todos nacimiento divino y humano.

La relación del solsticio de invierno con Jesús es también significativa. El nacimiento de Mithras se celebraba en el solsticio de invierno con grandes regocijos, y Horus nacía también por entonces: «Su nacimiento es uno de los mayores misterios de la religión (egipcia). Sus imágenes aparecían pintadas en los muros de los templos.... Era el hijo de la Divinidad. En la época de las pascuas, ó sease la correspondiente á esta festividad nuestra, su imagen se sacaba del santuario con ceremonias peculiares, lo mismo que la imagen del niño Bambino se saca y se exhibe todavía en Roma.» (1).

(Se continuará.)

(1) Bonwick *Egyptian Belief*, pág. 157. Citado en *Great Law*, pág. 26 de Williamson.

(1) Eliphaz Levi. *The Mysteries of Magic*, pág. 48.

LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

La cuestión del desenvolvimiento de la conciencia en los seres cuyo campo de evolución es un sistema solar, es considerablemente difícil; ninguno de nosotros, al presente, puede dominar más que una pequeñísima parte de su complejo contenido; pero es posible estudiarlo de modo que llene algunos de los vacíos de nuestro pensamiento, y que nos proporcione un bosquejo bastante claro que guíe nuestros estudios futuros.

No podríamos, sin embargo, trazar este bosquejo de un modo satisfactorio para la inteligencia, sin considerar primeramente nuestro sistema solar como un todo, tratando de obtener alguna idea, por vaga que sea, de «los principios» de tal sistema.

ORIGEN

Sabemos que la materia de un sistema solar se encuentra modificada en siete grandes grupos ó planos; en tres de éstos, el físico, el astral y el mental — los cuales se han llamado con frecuencia «los tres mundos» — procede la evolución normal de la humanidad. En los dos siguientes, el búddhico y el átmico, tiene lugar la evolución especial del Iniciado, después de la primera de las grandes iniciaciones. Así, estos cinco planos forman el campo de evolución de la conciencia hasta que lo humano se sumerge en lo divino. Los dos planos más elevados representan la esfera de la actividad divina, que todo lo circunda y envuelve, y de la cual emanan todas las energías divinas que vivifican y sostienen el sistema entero. Estos se hallan, por ahora, completamente fuera de nuestro conocimiento, y las pocas alusiones que se han hecho sobre ellos contienen probablemente tanta información como nuestra limitada capacidad puede comprender. Se nos ha enseñado que son los planos de la Conciencia divina,

en donde el Logos, ó la Trinidad divina de los Logos se manifiesta, y desde donde irradia como Creador, Preservador y Destructor, desarrollando un universo, sosteniéndolo durante su período de vida, y retrotrayéndolo á Sí Mismo á su terminación. Se nos han dado los nombres de estos dos planos: el inferior es el Anupádaka, aquél en el cual «ningún vehículo ha sido todavía formado»; el superior es el Ádi, «el primero», el fundamento de un universo, su sostén y la fuente de su vida. Tenemos así los siete planos de un universo, de un sistema solar, el cual, según vemos por esta breve descripción, puede ser considerado en tres grupos: I. El campo de la evolución elemental, mineral, vegetal, animal y humana ordinaria. II. El campo de la evolución humana extraordinaria, la del Iniciado. III. El campo de la manifestación de los Logos. Podemos concretar el asunto como sigue:

VII. Ádi.....	} III. El campo de la manifestación de los Logos.
VI. Anupádaka...	
V. Átmico.....	} II. El campo de la evolución humana extraordinaria.
IV. Búddhico.....	
III. Mental.....	} I. El campo de la evolución elemental, mineral, vegetal, animal y humana ordinaria.
II. Astral.....	
I. Físico.....	

Los dos planos más elevados pueden concebirse existiendo antes de que el sistema solar esté formado; y podemos imaginar el más alto, el Ádi, consistente en la materia del espacio — simbolizada por puntos — asignada por el Logos para constituir la base material del sistema que va á producir. Del mismo modo podemos imaginar el Anupádaka — simbolizado por líneas — compuesto de esta misma materia, modificada por Su vida individual, matizada, por decirlo así y empleando una significativa metáfora, por Su Conciencia, alma de todo. Se nos ha explicado que los hechos supremos de esta labor preparatoria pueden representarse con símbolos; de éstos se nos han dado dos series, una de las cuales figura la triple manifestación de la Conciencia de los Logos, y la otra la triple actividad de los mismos en la materia: la vida y la forma de los tres Logos. Podemos colocarla una al lado de la otra como aspectos simultáneos.

VIDA

FORMA

Adi

Anupádaka



Tenemos aquí, debajo de la vida, el Punto primordial en el centro del círculo, el Logos Uno dentro de la esfera que á sí mismo se ha impuesto, circunscribiendo la materia más sutil, dentro de la cual esfera se ha encerrado Él mismo, con el propósito de manifestarse, de salir resplandeciente de las Tinieblas. El Punto, partiendo en tres direcciones hacia la circunferencia del Círculo y volviendo sobre sí mismo, manifiesta un aspecto diferente en cada punto de contacto con el Círculo — las tres expresiones fundamentales de la conciencia: Poder (ó Voluntad), Sabiduría y Actividad — la Triada ó Trinidad divina. La conjunción de estos tres puntos de contacto da el Triángulo fundamental de contacto con la materia, el cual, con los tres triángulos así formados con las líneas trazadas por el punto, da la Tetractis divina, las tres Energías divinas en contacto con la materia pronta á crear. Estos, en su totalidad, son la Superalma (1) del Kosmos que ha de ser. Bajo la Forma estudiamos la misma Actividad primordial según se ve del lado de la materia. El punto, el Primer Logos no dividido, vibrando entre el centro y la circunferencia, parte la línea divisoria de la Substancia en dos: Espíritu y Materia, y engendra así el Segundo Logos; de éste se dice en frase mística: «Tú eres Mi Hijo; en este día Te he engendrado» (2); esta relación de Padre é Hijo dentro de la unidad de la Existencia Divina, del Primer y Segundo Logos, sólo existe durante el Día de la Manifestación, el período de vida de un universo. Este engendramiento del Hijo, esta aparición del Segundo Logos, la Sabiduría, es lo que está señalado en el mundo de la Forma por la diferenciación, la separación del Espíritu de la Materia, los dos polos entre los cuales se teje la tela de un universo; la división, como si dijéramos, de la Electricidad neutral inactiva, en las formas activas de positiva y negativa, haciendo, de este modo, manifestado lo no manifestado. De esta separación dentro del Primer Logos es para nos-

otros una imagen vívida la preparación para la multiplicación de celdas que podemos estudiar en el plano físico, donde vemos el proceso que conduce á la aparición de un muro divisorio, por cuyo medio una celda se convierte en dos; pues todo lo que sucede aquí abajo no es sino el reflejo en la materia grosera de lo que sucede en los planos superiores, y muchas veces podemos encontrar un apoyo para nuestra vacilante imaginación en nuestros estudios de los desarrollos físicos; pues «así como es abajo es arriba.»

Entonces el punto vibra en ángulos rectos á la vibración primera, y de este modo se forma la Cruz, siempre dentro del Círculo, la Cruz que de esta suerte «procede del Padre y del Hijo», el Tercer Logos, la Mente Creadora, la Actividad divina pronta ya á manifestarse como Creador. Preséntase desde el Círculo el primero de los Logos, en los planos más elevados, como la Cruz Activa ó Svastika, para manifestarse fuera de los planos más elevados, aunque es el tercer producto del divino desenvolvimiento.

Pero antes de entrar en la consideración de su actividad creadora, debemos tratar del origen de las Mónadas ó Unidades de Conciencia, para cuya evolución en la materia se está preparando el campo de un universo. Las miríadas de tales unidades que han de ser desarrolladas en ese universo venidero, son generadas dentro de la Vida divina, antes que se forme el campo de su evolución. De esta producción está escrito: «AQUELLO quiso: Yo me multiplicaré y naceré» (1); y los muchos surgen en el Uno. Esta multiplicación dentro del Uno por la acción de la Voluntad, señala el punto de origen: el Primer Logos, el Señor indivisible, el Eterno Padre. Estas son las chispas del Fuego Supremo, los «Fragmentos divinos» (2), llamados generalmente «Mónadas». Una Mónada es un fragmento de la Vida divina, separada como una entidad individual por sutilísima película de materia; materia tan sutil que, al paso que da á cada Mónada una forma separada, no ofrece obstáculo á la libre comunicación de una vida así encerrada con las vidas similares que la rodean. La vida de las Mónadas es así la vida del Primer Logos, y por tanto, tiene triple aspecto: Conciencia que existe como Volun-

(1) Emerson.

(2) Salmos, II, 7.

(1) *Chhandogyopanishat*, VI, II, 3.(2) *Luz en el Sendero*.

tad, Sabiduría y Actividad; esta vida toma forma en el plano de la Manifestación divina, el sexto: Hijos del Padre como lo es el Segundo Logos, pero Hijos más jóvenes, con ninguno de sus poderes divinos capaz de actuar en materia más densa que la de sus propios planos; al paso que El, con edades de evolución tras sí, hállase dispuesto á ejercitar Sus Poderes divinos: «el Primer nacido entre muchos hermanos» (1). Apropiadamente moran ellas en el plano Anupádaka, con la raíz de su vida en el Âdi, todavía sin vehículos para expresarse, esperando el día de la «manifestación de los Hijos de Dios» (2). Allí permanecen mientras el Tercer Logos principia la obra externa de manifestación, la formación del universo objetivo. El va á lanzar Su vida dentro de la materia, á moldearla en materiales apropiados para la formación de los vehículos que las mónadas necesitan para su evolución. Pero El no quiere sumirse en Su Obra, pues por vasta que esta obra nos parezca, para El es muy pequeña cosa; «Habiendo compenetrado todo este universo con una parte de Mí Mismo, Yo permanezco» (3). Aquella maravillosa Individualidad no es perdida, y solo una parte de ella basta para la vida de un Kosmos. El Logos, la Superalma, permanece el Dios de Su universo.

LA PRIMERA OLEADA DE VIDA.—LA PREPARACIÓN DEL CAMPO.

El Tercer Logos, la Mente universal, da comienzo á su actividad creadora, labrando la materia atraída de todos lados del espacio infinito, para la construcción de nuestro sistema solar. Esta materia había sido ya modificada de alguna manera que nos es desconocida, simbolizada por el punto y la línea, por su inclusión en el Círculo trazado por el Logos como límite de Su universo.

Fuera de los límites de un universo, la materia está en un estado muy peculiar; las tres cualidades de la materia, inercia, movimiento y ritmo (4), están contrabalanceadas unas por otras y se mantienen en estado de equilibrio. Pudiera suponerse que

(1) *Romanos*, VIII, 29.

(2) *Ibid.*, 19.

(3) *Bhagavad-Gíta*, X, 42.

(4) Sattva, Rajas y Tamas.

existe quieta, á modo de un círculo cerrado. En una palabra, en algunos libros antiguos la materia en este estado se describe como inercia. El principio de la actividad creadora es el rompimiento de este círculo cerrado, promoviendo las cualidades desde el equilibrio estable á un equilibrio inestable. La vida es movimiento; y la vida del Logos Solar — Su Aliento, como poéticamente se lo llama — poniéndose en contacto con esta materia en reposo, lleva á las cualidades á la situación de equilibrio inestable, y por tanto, de movimiento continuo por lo que hace á sus relaciones mutuas. Durante el período de vida de un universo, la materia se halla en un estado de movimiento incesante interno.

El Tercer Logos separa la materia en Átomos, la formación de los cuales ofrece tres grados. Primero: la fijación del límite dentro del cual la vida animadora — la vida del Logos en el átomo — ha de vibrar; esta limitación y fijación del alcance de la onda vibratoria es llamada técnicamente «la Medida Divina (1), la cual da á los átomos de un plano su peculiaridad distintiva. Segundo: esta Medida Divina traza en la materia las líneas que determinan la forma del átomo, los «Ejes de Crecimiento» fundamentales (2); la analogía más aproximada de ellos son los ejes de los cristales. Tercero: por la medida de la vibración y por la relación angular de los ejes de crecimiento entre sí, se determina el tamaño y la forma de la superficie, que podemos llamar el muro del átomo. Así, en cada átomo tenemos la medida de su vida animadora, sus ejes de crecimiento y su superficie limitadora ó muro.

El Tercer Logos crea cinco clases diferentes de estos átomos implicando las cinco distintas «medidas» cinco diferentes vibraciones, y constituyendo cada una la materia fundamental de un plano; cada plano, por diversos que sean los objetos de él, tiene su propio tipo fundamental de átomos, al cual puede reducirse en último término cualquiera de sus objetos.

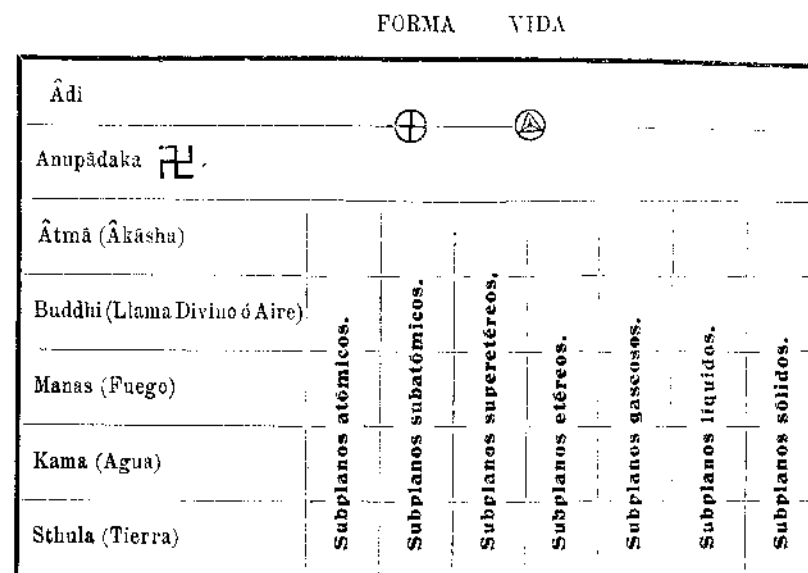
Ahora bien; estos átomos últimos de un plano no son los «átomos» del químico moderno; los átomos últimos agréganse en grupos típicos sucesivos, formando «estados de materia», y el átomo químico es el cuarto de esos estados, que viene á

(1) *Tanmátra*, la medida de Aquello — «Aquello» es Dios.

(2) Colectivamente, un *Tattva*.

constituir el estado gaseoso de la materia en el plano físico. Debajo de éste siguen los estados líquido y sólido de la materia, ó, como se les suele llamar á menudo, los subplanos líquido y sólido; por encima hay tres estados ó subplanos etéreos de materia, y por último el atómico. Los átomos están agregados en grupos que actúan como unidades, y estos grupos constituyen moléculas; los átomos de una molécula se sostienen unidos por atracción magnética, y las moléculas de cada subplano están arregladas geométricamente, con relación unas á otras, en ejes idénticos á los ejes de crecimiento del plano correspondiente. Por medio de estas sucesivas agregaciones de átomos en moléculas y de moléculas simples en otras más complejas, se forman los subplanos de cada plano, bajo la actividad directora del Tercer Logos, hasta que se completa el campo de evolución, consistente en cinco planos, cada uno de los cuales presenta siete subplanos. Pero no debe suponerse que estos siete subplanos—tomando como ejemplo el plano físico—son idénticos, en modo alguno, á los que hoy existen. Tienen, poco más ó menos, la misma relación con los subplanos actuales, que la que tiene el por los químicos llamado proto-hidrógeno, con los elementos químicos que se dicen formados de aquél. Los estados presentes no fueron producidos solamente por obra del Tercer Logos, en quien predomina la actividad; las energías más poderosamente atractivas del Segundo Logos, que es Sabiduría y, por tanto, Amor, fueron necesarias para mayores integraciones.

Es importante recordar que los planos se compenetran y que los subplanos correspondientes están directamente relacionados entre sí y no separados realmente por capas intermedias de materia densa. Así, no debemos suponer que los subplanos atómicos están separados unos de otros por seis subplanos de densidad gradualmente creciente, sino que guardan entre sí inmediata relación. Podemos figurar esto en el siguiente diagrama:



Debe tenerse presente que este es un diagrama y no un cuadro pictórico; esto es, que representa, no hechos materiales, sino las relaciones que existen entre los planos por razón de su mutua compenetración; no quiere dar á entender que haya cuarenta y nueve casillas separadas, dispuestas en siete filas, la una debajo de lo otra.

Ahora bien; esta relación es de suma importancia, pues implica la idea de que la vida puede pasar de plano en plano por el camino más corto de los subplanos atómicos que se comunican, y no necesita forzosamente recorrer los seis subplanos moleculares para llegar al subplano atómico próximo, al continuar en su descenso. Como hecho positivo veremos pronto que las corrientes de vida de la Mónada siguen esta senda de los subplanos atómicos en su descenso al plano físico. Si consideramos un átomo físico, mirándolo como un todo, vemos un vórtice de vida, la vida del Tercer Logos, girando con inconcebible rapidez. La atracción de estos vórtices giratorios construye las moléculas, quedando así formado el plano con sus subplanos. En la superficie de estos vórtices están las espiralillas ó corrientes giratorias, cada una de las cuales está dispuesta en ángulo recto con la que está dentro y con la que está fuera. Estas corrientes son producidas por la vida de la Mónada, no por la vida del

Tercer Logos, y no se presentan en el estado primitivo que vamos considerando; se desarrollan unas después de otras en completa actividad en el curso de la evolución, normalmente una en cada Ronda; sus rudimentos se completan, verdaderamente, en la Cuarta Ronda, por la acción del Segundo Logos; pero la corriente de vida de la Mónada sólo circula aún en cuatro de ellas, estando las otras tres muy débilmente indicadas. Los átomos de los planos superiores se forman con arreglo al mismo plan general, en lo que se refiere á los vórtices centrales de los Logos y sus corrientes circunvaladoras; pero al presente carecemos de otros detalles. Muchas de las prácticas del Yoga se dirigen á producir la más rápida evolución del átomo, apresurando el trabajo de vivificar la espiralilla que forma la Mónada en él. A medida que estas corrientes de la vida monádica se añaden á los vórtices de los Logos, la nota de vida se hace más y más rica en su cualidad. Podemos comparar los vórtices centrales á la nota fundamental, y las corrientes giratorias circunvaladoras á los sobretonos; la adición de cada sobretono significa un aumento de riqueza en la nota. Nuevas fuerzas, nuevas bellezas se añaden de este modo á la séptuple cuerda de vida.

Las respuestas diversas producidas por la materia de los planos á impulsos de la Conciencia, dependen del trabajo del Tercer Logos, de la «medida» con que limita al átomo. El átomo de cada plano tiene su medida propia, y ésta limita su capacidad de responder, su acción vibratoria, dándole así su carácter específico. Así como el ojo está constituido de modo que pueda responder á las vibraciones etéreas dentro de cierto límite, asimismo cada tipo de átomos puede, conforme á su constitución, responder á vibraciones dentro de cierto límite. Un plano es llamado el plano de la «materia mental», porque la «medida» de sus átomos hace que su respuesta dominante sea la que corresponde á una serie limitada de vibraciones del aspecto del Logos que es Conocimiento (1), modificado por la Actividad Creadora. Otro es llamado el plano de la «materia de deseo», porque la «medida» de sus átomos hace que su respuesta dominante sea la que corresponde á cierta esfera de vibraciones del aspecto Voluntad (2) del Logos. Cada tipo de átomos tiene así

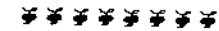
(1) Chit.

(2) Ychelha.

su propio y peculiar poder de contestar á las impresiones que se le hagan, el cual está determinado por su propia medida de vibración. En cada átomo existen incluidas innumerables posibilidades de responder á los tres aspectos de la Conciencia. Pero la capacidad de responder de la materia y la naturaleza de la respuesta se hallan determinadas por la participación que el Tercer Logos la da de la facultad de vibrar como Él vibra; Él, de su infinita capacidad, de la multitud de sus poderes vibratorios, comunica cierta parte á la materia de un sistema particular, en un ciclo particular de evolución; esta capacidad impresa en la materia por el Tercer Logos, es sostenida siempre por la vida de éste, encerrada en el átomo. Así se forma el quintuple Campo de evolución en donde ha de desarrollarse la Conciencia.

ANNIE BESANT.

(Se continuará.)



LA FECHA CANÓNICA DE JESÚS

Los que están familiarizados con la historia de las innumerables controversias que se han sostenido acerca de la cuestión de los orígenes cristianos, saben que algunos de los contendientes, aterrados ante la multitud de elementos míticos y místicos de las narraciones de los Evangelios, y desanimados en vista de las contradicciones de la fecha, aparentemente más sencilla, consignada por los evangelistas, no solamente no han vacilado en calificar el relato entero como desprovisto de todo valor histórico, sino que han llegado hasta negar que Jesús de Nazaret haya existido jamás.

La mayor parte de estos escritores, antes de llegar á tan sorprendente conclusión, ha debido, sin duda, dedicar mucha labor y meditación al asunto; pero me inclino á creer que sus caracteres eran de tal índole que, aun cuando hubiesen encontrado menos contradicciones en la data puramente objetiva de los documentos de los Evangelios, hubieran sostenido la misma opinión. No fué torturado su sentido histórico por la muche-

dumbre de elementos subjetivos que tenía delante, de modo tal que no pudiese encontrar alivio en mayores esfuerzos para salvar el resto de la historia; y, á mayor abundamiento, sus conclusiones se vieron apoyadas por el hecho de no encontrar vestigio alguno de testimonios externos inatacables ni en la supuesta literatura contemporánea, ni tampoco en la de las dos generaciones siguientes, por cuyo medio se hubiese podido llegar á la comprobación, si no de los más sencillos incidentes referidos por los Evangelios, al menos de la existencia misma de Jesús.

Aunque la extrema opinión de que Jesús de Nazaret no existió jamás, tiene hoy, quizá, menos partidarios que hace veinte años, el número de los que creen que la figura ideal de Jesús presentada por los escritores de los Evangelios sólo tiene un remoto parecido á su original histórico, no sólo en lo tocante á los hechos, sino también en cuanto á los dichos, ha aumentado tan extraordinariamente, que ya no puede clasificarse como una escuela, sino que más bien hay que considerarlo como expresión de una gran masa de opinión ilustrada que influye grandemente en el pensamiento moderno.

Ciertamente, existe todavía una gran divergencia de pareceres sobre otros puntos cuya importancia aumenta á medida que se desarrolla la crítica. Sin embargo, ya el estudiante no se ve forzado á elegir entre lo que parecía el demonio del antagonismo y el profundo mar del infalible tradicionalismo ortodoxo.

El problema es mucho más complejo, mucho más sutil, al paso que es muchísimo mayor el número de los que se interesan en él. Mientras que al principio sólo muy pocos tenían la osadía de aventurarse entre el demonio y el abismo, en la actualidad, así los estudiantes de teología, como los investigadores inteligentes, se ven obligados á buscar sus datos en los libros de referencia más recientes que existen sobre la materia, en los cuales encuentran propuestas innumerables cuestiones sobre puntos que antes se consideraban incontrovertibles, y opiniones contrarias francamente expresadas y discutidas con toda libertad.

El demonio y el abismo casi se han desvanecido, y sólo los ingenios enseñados por educación vetusta pueden seguir concibiendo tales conceptos con la pasada crudeza. De todos lados

se han hecho concesiones, y existe una estudiada moderación de lenguaje y una cortesía en el trato de las opiniones contrarias, que han hecho pasar la controversia desde el reñidero de gallos de la invectiva teológica á la atmósfera más serena del debate impersonal (1).

Pero ¿qué le sucede al seglar que no tiene la habilidad necesaria en el manejo de la erudición para apreciar las delicadezas del juego de los contendientes que respectivamente tratan, quizá, de obtener un aplauso? Naturalmente, véese confundido en medio de tanto detalle, y es de presumir que la mayor parte aplauda la opinión que más se ajuste á la suya. Pero, en todo caso, por todas partes le llega la impresión general de que la antigua tiranía de un tradicionalismo infalible se encuentra en su lecho de muerte; tiene la seguridad de que muchas de las ataduras que le aprisionaban han caído de sus miembros, y vive con la esperanza de que antes de mucho tiempo se verá completamente libre para darse cuenta de lo que significa el culto de Dios en espíritu y en verdad.

Si se toman dos obras recientes como el *Dictionary of the Bible* y la *Encyclopedia Biblica*, se encuentra que aun cuando en el Antiguo Testamento los asuntos de tradición han sido, por todos conceptos, casi totalmente abandonados por los eruditos, por lo que hace á los libros del Nuevo Testamento, los dos grupos de autoridades muestran todavía una diferencia marcada. La tendencia de los escritores de la primera obra es aún, en los puntos fundamentales, conservadora y en gran parte apologética de la tradición (aunque en modo alguno tan agresiva como en el pasado), al paso que la de los ensayistas de la segunda es señaladamente avanzada, esto es, se aparta muchísimo de la tradición, y en la mayor parte de los casos rompe con ella tan completamente, que hasta el lector de menos temores teológicos se sorprende de su valor.

De este modo el que no es especialista puede, por primera vez, oír á entrambas partes con claridad en todos los puntos, y adquirir así un conocimiento íntimo de los argumentos en pro y en contra del tradicionalismo. Y aun cuando de un modo positivo no pueda decidir acerca de una opinión especial referente

(1) Desgraciadamente no hemos alcanzado todavía en España tan deseable progreso intelectual.—(N. del T.)

á los detalles, ni aun quizá respecto de los puntos fundamentales, no dejará de instruirse y de aliviarse de un gran peso; pues, cualquiera que sea la verdad exacta, aprende por lo menos que ya no se le considera en peligro de perder su alma inmortal si ve que no le es posible creer en la infalibilidad de la tradición.

Resulta, pues, que al lector ordinario se le deja sin un guía seguro en estas cuestiones; el estilo antiguo de la materia bíblica que os decía exactamente lo que había que creer y cuyo fin era la deificación, es por completo extraño al espíritu de nuestros últimos libros de referencias. Pero aunque el lector queda sin guía (ya que la autoridad externa, escogida por conveniencia de opiniones preconcebidas, nunca puede ser un verdadero guía espiritual), se encuentra inevitablemente reducido á sus propios medios y obligado á pensar; y *esto* es el principio de una nueva era en la instrucción general cristiana.

Tal es, pues, la situación en conjunto de las cosas, acarreada por las manifestaciones de los más perspicuos predicadores del Cristianismo Protestante, siendo evidente que entre sus múltiples declaraciones cualquiera podrá encontrar una autoridad erudita en la opinión que le sea favorita. Puede, por ejemplo, elegir de tal modo sus autoridades, que llegue á la conclusión general de que no hay un solo libro en la colección del Nuevo Testamento que sea genuino, en la antigua acepción de la palabra; puede hasta ir más lejos y rehusar someterse á una «fuente» particular como genuina, viendo que hay tal diversidad de pareceres respecto de las fuentes verdaderas. Pero si al adoptar esta actitud crítica con relación al contenido canónico de la tradición cristiana, adopta también una opinión positiva en un punto por completo negado por esta tradición, hállese obligado, si quiere ser consecuente, á buscar un fundamento sólido para proceder así.

Ahora bien; si buscamos en las dos obras mencionadas una autoridad cualquiera que apoye la hipótesis de los cien años antes de la Era Cristiana como fecha de la vida de Jesús, no encontramos ninguna. A la verdad, no se encuentra ni siquiera una referencia al asunto. Además, en las escasísimas enciclopedias de fecha más reciente que se ocupan en los relatos del Talmud sobre Jeschu, veremos que ningún erudito cristiano ha soñado jamás con suponer la posibilidad de semejante hipótesis. En los antiguos libros de referencias era de esperar este natu-

ral ajustamiento á la tradición; pero en las obras más recientes, en donde muchas veces no se tiene en cuenta para nada la tradición, al paso que se rebusca en los materiales menos adecuados la más insignificante partícula de testimonio apropiado, parece á primera vista algo extraño que, no solamente no haya nadie bastante atrevido para indicar la posibilidad de que haya algún asomo de probabilidad en el fondo de algunas de las leyendas judías, sino que ni tan siquiera miente escritor alguno tales leyendas para nada. Parece como si fuesen consideradas como de naturaleza tan apócrifa, que no fueran dignas de mención ó que no se relacionasen con la materia.

Pero antes de abandonar nuestros dos diccionarios ó indagar en otra parte, veamos á qué conclusiones llegan nuestras autoridades más recientes á propósito de la data tradicional suministrada por los evangelistas.

Como es bien sabido, débese á Dionisio Exiguo, que floreció en el siglo sexto, la costumbre de fechar los sucesos desde el año supuesto del nacimiento de Jesús. Dionisio partía á su vez de un período artificial que tomó de Victoriano de Aquitania, que floreció cosa de un siglo antes que él, y á quien se le atribuye el invento. No hay necesidad de añadir que no existe ningún erudito de reputación en nuestro tiempo que acepte el «después de la Era Cristiana» de Dionisio como coincidente con el primer año de la vida de Jesús.

Turner, de Oxford, en su artículo sobre la «Cronología del Nuevo Testamento» en el *Dictionary of the Bible*, de Hasting, resume sus conclusiones de un modo algún tanto positivo, como sigue:

«La Natividad, en 7-6 antes de la Era Cristiana.»

«La edad de nuestro Señor cuando el Bautismo, treinta años más ó menos.»

«El Bautismo, en 26 (26-27) después de la Era Cristiana.»

«La duración del ministerio, entre dos y tres años.»

«La Crucifixión, en 29 después de la Era Cristiana.»

En la *Enciclopedia Bíblica*, von Soden, de Berlín, en su escrito «Cronología», llega á resultados algo menos positivos:

«Nacimiento de Jesús, *circa* 4 antes de la Era Cristiana.»

«Principio de su misión pública, *circa* 28-29 después de la Era Cristiana.»

«Muerte de Jesús, 30 después de la Era Cristiana.»

Von Soden sólo asigna un año al ministerio.

Las diferencias, sin embargo, son tan poco considerables, que bien puede decirse que estos eruditos están de acuerdo en su manera de considerar la data tradicional. Ambos hacen caso omiso del aserto del tercer Evangelio de que Jesús nació en tiempo del censo general bajo Cirenio (Publ. Sulpicio Quirinio), el cual, según atestigua Josefo, se verificó 6-7 después de la Era Cristiana. Von Soden, como tantos otros eruditos, es de opinión que «el relato de Lucas se funda en una serie de errores». Ussener de Bonn, en su artículo sobre la «Natividad» (*Enc. Bib.*), al discutir estas «dificultades cronológicas, con las cuales ha luchado durante siglos la sutileza erudita», abandona también definitivamente la fecha de Quirinio. Turner, sin embargo, al paso que declara que «San Lucas está en un error respecto al nombre de Quirinio», cree que no existe «improbabilidad inherente á la hipótesis de un censo realizado en Judea en los años 8-5 antes de la Era Cristiana». En esta cuestión del censo parece que tiende á hacer suyo lo de Ramsay que, en su estudio *Was Christ born at Bethlehem?* (¿Nació Cristo en Belén?) (Londres, 1898), hizo una clara apología de este aserto del tercer evangelista que ha sido recibida con gran satisfacción por los tradicionalistas. Revivió la presunción de que el nombre que faltaba en una inscripción mutilada donde se consigna que alguien fué dos veces gobernador de Siria, era el de Quirinio, y que hubo otro censo durante el primer período de su cargo. Desgraciadamente, aun siendo así, no podría esto servirnos de ayuda, pues como dice Turner, el período 10 antes de la Era Cristiana hasta la muerte de Herodes, 4 antes de la Era Cristiana (que es nuestro límite para la concordancia de la fecha de Herodes del primer evangelista con la fecha de Quirinio del tercero), se halla agotado por las conocidas épocas de los otros gobernadores. Además, la tesis de Ramsay ha sido bien contestada por J. Thomas en su réplica (1).

Pero todo esto es prácticamente de importancia secundaria con relación á la fuerza de la tradición principal, pues la cuestión de la natividad concierne al problema de lo que tengan de histórico las solas tradiciones del primer y tercer evangelistas. Cualquiera de ellos ó ambos pueden estar en un error; y

(1) *Records of the Nativity* (Londres, 1900).

hasta el elemento de Juan Bautista pudiera ser un desarrollo posterior, sin que esto, sin embargo, afecte al elemento cronológico fundamental de la tradición principal.

Todos cuatro evangelistas presentan el drama del juicio y muerte de Jesús bajo la procuración de Poncio Pilatos (26-36 después de la Era Cristiana). Este es el factor cronológico principal en el conjunto de los embarazosos detalles; y no importa lo que podamos obtener de cualquier tentativa de reducirlo á sus más sencillos términos, pues permanece siendo el *nudo* de todo el problema.

Pero antes de considerar las declaraciones de los escritores del Evangelio, será conveniente que tratemos de otras referencias á Pilatos de los libros del Nuevo Testamento. Estos son los *Hechos de los Apóstoles*, III, 13, y IV, 27, y I, *Timoteo*, VI, 13.

Las referencias de los *Hechos* se encuentran en un discurso que se pone en boca de Pedro y en una oración (del mismo estilo que los discursos) que se supone pronunciada por común impulso por los amigos de los apóstoles.

Ahora bien; según el juicio de muchos eruditos, uno de los resultados más ciertos de la crítica respecto de los *Hechos*, es que los discursos constituyen el elemento más artificial del libro. Según dice Schmiedel (art. «Hechos de los Apóstoles», *Enc. Bib.*): «No hay duda de que el autor los forjó en cada caso con arreglo á su propio concepto de la situación.» Hasta el mismo Headlam, el autor del artículo conservador en el *Diccionario* de Hastings, admite que los discursos son «claramente en un sentido» la «propia composición» del que escribió el libro, aunque añade «no hay razón para creer *à priori* que los discursos (la sustancia de los discursos) no pueda ser histórica».

Es, pues, muy probable que las referencias á Pilatos se deriven directamente del autor mismo de los *Hechos*. Y como este autor ha sido identificado por la mayor parte de los eruditos, á causa de la semejanza del lenguaje, con el autor del tercer Evangelio, la autoridad de sus referencias á Pilatos, según toda probabilidad, se retrotrae á sus «fuentes». Hay pocos que se atrevan á hacer argumentos en favor de la conservación de una tradición en los *Hechos* que fuese anterior á las fuentes del escritor del tercer Evangelio.

Las referencias de los *Hechos*, por tanto, no serán consideradas por el crítico ordinario, y mucho menos por los escépti-

cos, como una confirmación independiente de la tradición del Evangelio respecto de Pilatos.

En cuanto á la referencia de la epístola primera á *Tímoteo*, su valor como testigo primitivo inatacable se anula desde luego por el carácter general de las Epístolas Pastorales (I y II, *Tímoteo* y *Tito*).

Mc. Hlymont de Aberdeen, autor tradicionalista del artículo «El Nuevo Testamento» del *Diccionario* de Hastings, declara francamente que las llamadas Cartas Pastorales «se distinguen de todas las demás por su desacuerdo histórico con los períodos de la vida de San Pablo, según la refiere el *Libro de los Hechos*, así como también por su individualidad fuertemente pronunciada tanto en el estilo como en la sustancia», todo lo cual «ha originado serias dudas respecto de su autenticidad». Esto, sin embargo, cree él que puede «obviarse en gran parte», suponiendo que han sido escritas en el último año de la vida del apóstol. Pero aunque esta suposición pudiera desvanecer la dificultad de los *Hechos*, no afecta en lo más mínimo al argumento principal de la diferencia de estilo y de sustancia.

Deissmann de Heidelberg, en la *Enciclopedia Bíblica* (artículo «Literatura Epistolar»), al paso que no tiene dudas respecto de la autenticidad de diez de las cartas de Pablo, en cambio, respecto de las Epístolas Pastorales, sólo puede admitir cuando más, que «quizá contengan fragmentos de cartas genuínas suyas».

Muy diferente es la opinión expuesta en la misma obra por van Manen, el distinguido especialista holandés, á quien fué confiado el resumen de la «Crítica Posterior» en el artículo «Pablo». Van Manen repudia de un modo enfático la autenticidad, no sólo de las Cartas Pastorales, sino de todas las demás atribuidas tradicionalmente á Pablo. Aun cuando el resto de las Cartas no nos concierne directamente en este estudio, puede ser de interés para el lector la breve exposición del resultado general de esta última crítica, pues no se trata de la opinión de un erudito aislado, sino de los resultados de los estudios de una escuela. Hago esto con tanto mayor gusto cuanto que es contrario á mi propia opinión, previamente expresada, de que las diez Cartas de la colección Marcionita eran en gran parte auténticas. Van Manen escribe:

«Respecto de las epístolas canónicas de Pablo, la crítica úl-

tima en que ahora nos ocupamos, ha sabido reconocer que ninguna de ellas es suya; ni catorce, ni trece, ni nueve, ni diez, ni siete, ni ocho, ni aun siquiera las cuatro por tanto tiempo 'universalmente' consideradas como inatacables.»

Esta crítica «no puede por más tiempo fundarse en los Hechos y epístolas canónicas, ni aun siquiera en las epístolas solamente, ni en una selección de las mismas. La conclusión á que tiene que atenerse es esta: (a) Que no poseemos epístola alguna de San Pablo; que los escritos que llevan su nombre se le atribuyen falsamente, y contienen lo que parece datos históricos de la vida y trabajos del apóstol, los cuales, sin embargo, no deben aceptarse como exactos sin un examen más minucioso, siendo tomados probablemente, al menos en su mayor parte, de los 'Hechos de Pablo', los que también son el fundamento de nuestro libro canónico de los Hechos. (b) Mucho menos nos dan los Hechos de los Apóstoles, ni aun incompletamente, un relato histórico de la carrera de Pablo; lo que proporcionan es una variedad de relatos referentes á él, que difieren en sus fechas, así como también respecto de las influencias bajo las cuales fueron escritos. La crítica histórica debe saber apreciar, en cuanto le sea posible, el valor de lo que ha llegado hasta nosotros á través de ambos conductos, Hechos y Epístolas, para compararlos, para ordenarlos y arreglarlos en una relación coordinada y consistente».

Que se llegue algún día, según van Manen, á arreglar estos datos contradictorios, en una «relación coordinada y resistente», poco debemos esperar, pues una vez que se abandona la relativa autenticidad de las principales Cartas de Pablo, ya no queda criterio posible.

Sin embargo, el generoso propósito de hacer frente incondicionalmente á las dificultades es señal de la aurora de una nueva era en el pensamiento cristiano, y nosotros somos los primeros en desear que se haga frente á los hechos.

Resulta, pues, de esta opinión (citando otra vez á van Manen) que «el Paulismo de los perdidos Hechos de Pablo, y, según nuestra firme opinión, de nuestras epístolas canónicas de Pablo, no es la 'teología', el 'sistema' del Pablo histórico, aunque finalmente haya sido identificado con aquélla, y lo sea todavía por la mayor parte. Es el último desarrollo de una escuela, ó, si se prefiere la expresión, de un círculo de creyentes pro-

gresivos que se dieron el nombre de Pablo y que se colocaron, por decirlo así, bajo su égida».

Donde ha de buscarse geográficamente este círculo no puede decirse con certeza. Sin embargo, es evidente que «era un medio en donde desde luego no se sufrió obstrucción alguna de parte de los judíos, ó quizá aún peor, de parte de los 'discípulos' que se les parecían demasiado; donde los hombres, como amigos de la gnosis, de la especulación y del misticismo, probablemente bajo la influencia de la filosofía griega, y más especialmente de la alejandrina, habían aprendido á no considerarse obligados por la tradición y se sentían en libertad de tender su vuelo en todas direcciones. Aprovechándonos de una expresión algún tanto posterior, diremos que fué entre herejes. Las epístolas fueron puestas primeramente en lista entre los gnósticos. Los testigos más antiguos de su existencia, según Meyer y otros críticos lo han estado declarando con una unanimidad algo sorprendente durante más de medio siglo, son Basilides, Valentin y Heracleon. Marcion es el primero en quien se encuentran, según nos dice Tertuliano, vestigios de un grupo autorizado de epístolas de Pablo. Tertuliano lo llama, sin embargo, el 'apóstol de los herejes' y 'vuestro apóstol', dirigiéndose á Marcion».

Esta opinión confirma plenamente lo que nosotros sosteníamos respecto de la parte importante llevada á cabo por los gnósticos en el desarrollo de la doctrina general cristiana, y mucho nos place ver la frase «aprovechándonos de una expresión algún tanto *posterior*, diremos que fué entre herejes».

G. B. S. MEAD.

(Se continuará).



UN POETA BUDDHISTA

JUAN LAHOR

El buddhismo es la más vieja y la más nueva de las filosofías. El concepto del mundo y de la vida que formaran hace tres ó cuatro mil años, los solitarios de las orillas del Ganges, ha sido

resucitado entre nosotros, y conviene perfectamente al estado actual de las almas. Poco es demostrable en este sistema, pero cada una de nuestras disposiciones de ánimo se hallan en él representada. La idea de que somos partícula de Dios — que es el mundo — y que sólo es un sueño — nos da todas las consecuencias que queremos. Produce y justifica á la vez la inercia soñadora, la caridad, la abnegación, hasta el heroísmo, por la conciencia de nuestra solidaridad profunda con el universo, y por la sumisión voluntaria á los fines del Dios inmenso, cuyo pensamiento somos.

Algunos poetas contemporáneos, Leconte de Lisle sobre todo, han sido buddhistas. La originalidad de Juan Lahor, consiste en ser buddhista con sinceridad. Su libro (1) es armonioso, de una unidad irreprochable. Paralela á la belleza de forma y de detalle, tiene una belleza de conjunto que proviene de la continuidad de una misma inspiración.

Se ve en él claramente de qué modo la filosofía de Sakia-Muni modifica y enriquece los sentimientos de un hombre moderno: sentimiento de la naturaleza, amor de la mujer, sentimiento moral.

Si la imaginación poética consiste esencialmente en descubrir y expresar las relaciones y analogías secretas de las cosas, se puede decir que el panteísmo es la poesía misma, puesto que establece el universal parentesco de los seres. Y así, todas las impresiones particulares que nos da el mundo físico, las profundiza y engrandece por la idea siempre presente de que todo está encadenado y contenido en el eterno sueño de Maya... Rómpanse las fronteras entre las diferentes formas de la vida, vida vegetal, animal y humana. Las flores son las mujeres, puesto que mujeres y flores son el espasmo incompleto del alma divina. Cada imagen surgiere otras nuevas y provoca indefinidamente la visión del ser total. La poesía panteística engendra en cada una de nuestras sensaciones el recuerdo del universo...

*Les soirs d'été les fleurs ont des langueurs de femmes,
les fleurs semblent trembler d'amour comme des âmes;
palpitantes aussi d'extase et de désir,
les fleurs ont des regards que nous font souvenir
des grands yeux féminins attendris par les larmes,
et les beaux yeux des fleurs ont d'aussi tendres charmes.*

(1) *L'Illusion*, por Juan Lahor Lemerre, editor.

*Les fleurs rêvent, les fleurs frissonnent sous la nuit;
et, blanches, comme un sein adorable qui luit
dans la sombre splendeur d'une robe entr'ouverte,
les roses, du milieu de l'obscurité verte,
tandis qu'un rossignol par la lune exalté
pour elles chante et meurt sous cette nuit d'été,
les roses au corps pâle, en écartant leurs voiles,
folles, semblent s'offrir aux baisers des étoiles.*

Y después de cantar las flores, canta los mundos. Es Brahma el que habla:

*Le soleil est ma chair, le soleil est mon cœur,
le cœur du ciel, mon cœur saignant qui vous fait vivre...*

*Je suis le dieu sans nom aux visages divers;
mon âme illimitée est le palais des êtres;
je suis le grand aïeul qui n'a pas eu d'ancêtres.
Dans mon rêve éternel flottent sans fin les cieux;
je vois naître en mon sein et mourir tous les dieux;
C'est mon sang qui coula dans la première aurore...*

Por lo mismo, la idea del universo estará siempre presente al poeta budhista cuando ame. Amará soberanamente, porque la naturaleza entera le prestará imágenes para expresar su amor... Amará con sensibilidad y languidez, porque sólo ha de gustar del amor en los lugares y á las horas que le aconsejen é insinúen los perfumes, las músicas, la dulzura y la melancolía de las tardes tediosas... Amará con ternura y reconocimiento, porque no ignora que el encuentro de una mujer ha embellecido el sueño de las cosas... Amará con resignación, porque sabe que todo es un sueño, que todo pasará, y porque sabe también que el amor es inseparable de la muerte, porque la muerte es inseparable de la vida.

Y ahora leed los *Chants de l'Amour et de la Mort*:

*Je voudrais te parler de fleurs rares, de fleurs
souffrantes, qui mourraient pâles sur ton corps pâle.*

*Tu fermes les yeux, en penchant
la tête sur mon sein qui tremble:
oh! les doux abîmes du chant
où nos deux cœurs roulent ensemble!*

*Notre rêve avait fait la beauté de ces choses...
Tout ce qui ce soir-là nous fit ivres et fous
était créé par nous et n'existait qu'en nous...*

*Enlacée au corps d'une femme,
comme l'amant de Rimini,
tournoie un instant, ô mon âme,
dans le tourbillon infini!*

El buddhismo, en fin, es el mejor bálsamo para el pensamiento atormentado... ¡Qué felicidad cuando se piensa que todo es sueño! ¡Si no lo fuese, entonces si que deberíamos gemir! No ser bello, no tener genio, no ser poderoso, no ser Dios... Triste y mezquina condición. Sólo el Todo es perfecto, y nada hay superior á él: sólo el Todo es eterno. Pero nosotros, los accidentes de la Única Substancia, felicitémonos de ser efímeros, y por consecuencia, de no ser verdaderamente reales. ¡Qué dicha pasar efímeramente y no ser nada, cuando los demás no son nada y pasan también!...

*... Plonge sans peur dans le gouffre béant,
ainsi que l'épervier plongeant dans la tempête;
car tout ce rêve une heure a passé dans ta tête;
tu fus la goutte d'eau qui reflète les cieux,
et l'univers entier est entré dans tes yeux:
et bénis donc Allah qui t'a pendant cette heure
laissé comme un oiseau traverser sa demeure.*

Y en otra parte:

*Père engloutis-moi donc, sois donc bien mon tombeau,
et, si je participe à ta vie éternelle
que ce soit sans penser, tel que la goutte d'eau
que la mer porte et berce inconsciente en elle.*

Pero no es esto todo, porque las ideas generales tienen la ventaja de producir los sentimientos más contradictorios. El buddhismo nos inclina al estoicismo moral; conviene con el darwinismo en el principio común de que la fuerza, cualquiera que ella sea, por la que el universo se desarrolle, es interior é inmanente. El hombre moderno es el producto supremo de este desarrollo, porque como dice Sully Prudhomme en su poema *La Justice*, este esfuerzo de que traemos origen, constituye nuestra dignidad. Conservarla, acrecentar y afirmar que debe-

mos hacerlo — afirmararlo por un acto de fe, puesto que recordaréis que todo es vano — es propiamente la virtud. Aquí hay que acudir á citas. Leed el admirable poema intitulado *Reminiscence*:

*Certains soirs, en errant dans les forêts natales,
je ressens dans ma chair les frissons d'autre fois,
quand la nuit grandissant les formes végétales,
sauvage, halluciné, je rampais sous les bois.*

.....
*Quand mon esprit aspire à la pleine lumière,
je sens tout un passé qui le tient enchaîné;
je sans rouler en moi l'obscurité première;
la terre était si sombre, aux temps où je suis né!*

.....
*Et je voudrais pourtant t'affranchir, ô mon âme,
des liens d'un passé qui ni veut pas mourir...*

.....
*Mais c'est en vain: ton jour en moi vivra ce monde
de rêves, de pensers, de souvenir confus,
me rappelant ainsi ma naissance profonde,
et l'ombre d'où je sors, et le peu que je fus.*

Y este himno á Dios:

*Tout affamé d'amour, de justice, et de bien,
je me étonne parfois qu'un idéal se lève
plus grand dans ma pensée et plus pur que le tien?
— oh! pourquoi m'as-tu fait le juge de ton rêve?*

Y esta exhortación al hombre:

*Que les pouvoirs obscurs d'un monde élémentaire
connaissent grâce à toi le rythme harmonieux:
et si, tous les Dieux morts, tu restes solitaire,
garde au moins les vertus qui tu prêtas aux Dieux!*

Y toda la última composición *Vers dorés*:

.....
*Sois pur, le reste est vain, et la beauté suprême
tu le sais maintenant, n'est pas celle des corps:
la statue idéale, elle dort en toi-même;
l'œuvre d'art la plus haute est la vertu des forts.*

.....
*De ton âme l'ennui mortel faisait sa proie,
étant le châtement de l'incessant désir;
du fier renoncement de ton âme à la joie
goûte la joie austère et le sombre plaisir...*

Sólo he querido descubrir el fondo y la substancia de los versos de Juan Lahor (1), fondo de una rara cualidad. *L'Illusion* es un hermoso libro lleno de tristeza y de serenidad, que encanta y fortifica. Después de haberlo vuelto á leer, me decido á ponerlo en el estante escogido de mi biblioteca, cerca de *La Imitación*, de Kempis, y de los *Pensamientos*, de Marco Aurelio, en el rincón donde tengo á los sabios y á los que me consuelan...

FEDERICO CARLOS DE MONTEERRY.

(Asturias) Castillo de Nembro. Septiembre de 1902.



LOS FILÓSOFOS DESCONOCIDOS

II

WLADIMIRO SOLOVIOV

(NUEVO EN 1900)

M. Lopatine ha considerado á Soloviov como el primer filósofo verdaderamente ruso. Algo de verdad hay en esta exageración. Soloviov es filósofo sin sistema de filosofía propiamente dicho, y uno de sus méritos principales consiste en haber extendido en Rusia la filosofía crítica y la teoría del conocimiento. El misticismo, y el criticismo y aun el kantismo, son los elementos principales de su filosofía. El criticismo de Soloviov tiene, sin embargo, en Rusia más discípulos que su misticismo, lo que se explica fácilmente por el carácter científico que dió á este último.

En la filosofía de Soloviov pueden distinguirse tres principios: 1.º, la idea de la espiritualidad interior del ser; 2.º, la idea de la unidad absoluta; 3.º, la idea del Hombre-Dios. Soloviov admite en todo ser la existencia de lo que él llama «perfección divina»: la comprensión interior de Dios. Es ésta una concep-

(1) Léase sobre Juan Lahor (H. Cazalis) una página notable de Julio Tellier en su excelente libro: *Nos poètes*.

ción subjetiva, y al mismo tiempo trascendental. El espíritu absoluto, la armonía y la unidad son los principios de toda cosa. Para Soloviov Dios es el *acto puro*, la sabiduría, el fin del Universo; la religión un sistema de conocimiento, una metafísica *positiva*. Quiere unificar la conciencia interior con la observación exterior, y considera al mundo espiritual, no como un término abstracto, sino como algo concreto, real y positivo. El misticismo de Soloviov no condena la concupiscencia de espíritu. Según él, el conocimiento místico debe estar siempre en relación con todas las demás formas del conocimiento, con la filosofía y con las ciencias positivas. Soloviov ha creado lo que pudiéramos llamar *realismo místico*.

La metafísica de Soloviov abarca los elementos éticos, estéticos é intelectuales, sin excluir las percepciones sensoriales. El espíritu sólo, creando *à priori* ideas, no puede servir de base á la ciencia. La síntesis de nuestras ideas *à priori* y de nuestras sensaciones, puede constituir la ciencia. Soloviov es teósofo. Para él «la teosofía libre» es la síntesis de la teología, de la filosofía y de las ciencias positivas.

En estética, Soloviov distingue lo bello en la naturaleza y lo bello en el arte. En lo bello de la naturaleza están los fundamentos necesarios de la filosofía del arte. Lo bello es siempre una idea simbolizada por una forma concreta: lo bello es la más alta expresión de la existencia.

Soloviov ve la salud del mundo en el cristianismo *primitivo*, que es en sus orígenes el judaísmo regenerado. El cristianismo primitivo es para Soloviov lo que fué la substancia absoluta para Spinoza, el yo absoluto para Fichte, la voluntad para Schopenhauer. El dualismo en las creencias es una quiebra moral. Sólo la reunión de las Iglesias sobre las bases primitivas del cristianismo puede cambiar el actual estado de cosas.

Soloviov considera la humanidad como un gran ser colectivo; un organismo social, en que las naciones representan los miembros vivos. Desde este punto de vista, ningún pueblo sabe vivir en sí, por sí y para sí, puesto que la vida de cada uno no es más que una participación determinada de la vida general de la humanidad. En la función orgánica que cada pueblo debe cumplir, en esta vida universal, está la verdadera idea nacional.

Soloviov considera á la humanidad, según antes dijimos, como un organismo; pero no como organismo puramente físico,

puesto que los elementos que entran en su composición—individuos y naciones—son para él seres morales. La condición esencial de todo ser moral es que la función particular que está llamado á cumplir en la vida universal, no se imponga jamás como una necesidad material, sino solamente como una obligación moral. En tanto que en los seres inferiores la vida de la especie domina á la vida del individuo, en los seres superiores la individualidad puede y debe nacer libremente y llegar á la más alta perfección sin servir á los fines materiales del proceso vital. En las grandes creaciones intelectuales — religión, ciencia, moral, etc.—, el hombre se manifiesta á la vez como conciencia individual y como conciencia universal. Sólo en el mundo biológico teme el hombre á la verdad abstracta; y esta verdad, cuando se apodera de su yo y le hace comprender la nada del egotismo, se llama *Amor*. La fuerza del hombre está allí. Cada ser particular—individuo, clase ó nación—, en tanto que se afirma por sí aislándose de la totalidad humana, persigue la verdad, y la verdad, si vive en nosotros, se manifiesta como justicia. De este modo, después de haber reconocido la solidaridad universal como verdad, después de haberla practicado como justicia, la humanidad regenerada podrá presentirla como su esencia interior y gozar plenamente del amor y de la libertad.

El verdadero bien social está en la solidaridad—la justicia y la paz universal—: el mal social no es otra cosa que la solidaridad violada. La vida real de la humanidad nos presenta una triple violación de la solidaridad ó justicia universal: 1.º, cuando una nación atenta á la existencia ó libertad de otra; 2.º, cuando una clase de la sociedad oprime á la otra; 3.º, cuando el individuo protesta contra la sociedad ó cuando el Estado oprime al individuo. Soloviov se revuelve contra la pena de muerte. La pena de muerte es, no solamente contraria á los principios de la moral, sino que es la negación del derecho humano. Aun desde el punto de vista del bien general, la sociedad no debe privar al individuo de la vida, ni siquiera de la libertad indefinidamente. Las legislaciones que admiten la pena capital, los trabajos forzados y la reclusión á perpetuidad, no pueden ser justificadas por el derecho jurídico.

El bien general sólo es general porque comprende á todos los individuos sin excepción; de otro modo no sería el bien de todos, sino el bien de la mayoría. Soloviov no admite que el bien

general sea la simple suma aritmética de todos los intereses particulares tomados separadamente, ni que abrace la esfera de libertad ilimitada de cada individuo, lo cual sería una contradicción, sino que limitando los intereses personales, el bien general no puede suprimir al hombre libre. El bien general abarca de este modo el bien individual, y cuando priva al individuo de la vida ó de la libertad de acción, es decir, de la posibilidad de gozar de algún bien, este bien conviértese en ficticio.

Es difícil discutir en este terreno con Soloviov. Su filosofía, mejor dicho, su «moral suprema», es la comprensión interior de la idea divina. ¿Pueden todos los hombres llegar á adquirir esta comprensión divina? Sí, responde Soloviov con la máxima de Kan: «Tú debes; por consiguiente, tú puedes.» Aspirar hacia la idea de un ser superior vale tanto como poseer esta idea.

Soloviov busca la manera de conciliar el *espíritu* con las *facultades sensoriales*; no niega el «amor material»; pero su amor, el amor puro, de que están impregnados sus escritos, se parece mucho á los amores extrahumanos. La mayor fuerza de Soloviov se encuentra en su método afirmativo. Cuando nos hallamos en presencia de un fenómeno que nuestra inteligencia no puede explicar, la razón ni niega ni afirma. Soloviov, como todos los místicos, afirma. *Credo quia absurdum*, decía San Agustín.

En vano buscaremos en el misticismo de Soloviov una forma de la obsesión ó de otro fenómeno físico. El trabajo de la imaginación se perfecciona alguna vez á través de esa luz sutil que el espíritu cree operación del entendimiento ó comunicación extraterrestre. Las imágenes excitadas aparecen frecuentemente más maravillosas de lo que se cree y reconociendo una causalidad extrínseca superior al hombre. Las imágenes interiores se declaran con tanta vivacidad, que determinan excitaciones parecidas á las que provienen de realidades externas. Estas excitaciones no pasan al estado patológico hasta que destruyen el equilibrio entre la *razón* y las *sensaciones*.

Soloviov encuentra que este equilibrio ha sido siempre perfecto; ignora el éxtasis; se diría que su misticismo es el resultado de su razón y no de su «percepción religiosa interior». La imagen de una fuerza superior, la necesidad de lo sobrehumano, aparécese generalmente al individuo aislado de sus semejantes, replegado en sí mismo, en tanto que Soloviov está siempre en contacto con la «sociedad».

Casi siempre la potencia de la idea religiosa amortigua los demás estados intelectuales.

En Soloviov no se da ese caso. Su actividad cerebral es, hasta su muerte, de un extraordinario vigor. Soloviov no es devoto ni piadoso en el sentido dogmático del término. Su misma abstinencia material no nos la explica por el misticismo, puesto que reconoció no haberse *abstenido por completo* jamás. La abstinencia metódica no determinada por el misticismo, nos puede dar la llave de todos los fenómenos místicos. Una causa cualquiera cambia sus efectos sobre el organismo, según el procedimiento ó el modo de aplicación. Soloviov no es un neurasténico, ni un alucinado; es simplemente un *contemplativo*. En los contemplativos la acción cerebral prevalece sobre la de los sentidos externos y les hace tomar los efectos de la memoria por las sensaciones reales. Soloviov fué educado por una familia piadosísima de panslavistas, y desde la infancia su memoria se impregnó de imágenes religiosas reales y abstractas.

Sin razón se considera frecuentemente á Soloviov, en Rusia, como un discípulo de Hegel. Soloviov es un platónico, en el sentido ideal del término. Teísta en su concepción del «principio de las cosas», Soloviov es panteísta en sus ideas sobre el proceso del mundo como «unidad absoluta». Monista en su comprensión principal del sentido interior de los fenómenos, es dualista en su presentación de las fuerzas fundamentales de la vida humana. Optimista por su evaluación del sentido general de la existencia, es pesimista en su apreciación de las condiciones positivas del desarrollo de la humanidad. Místico en sus enseñanzas sobre el carácter intuitivo de nuestro conocimiento inmediato de la entidad divina, es racionalista en su juicio sobre los problemas teóricos de la filosofía. Idealista y espiritualista en su manera de especular la esencia interior de las cosas, no niega totalmente el realismo, puesto que para él el tiempo, el espacio, la causalidad eterna, no son solamente visiones de nuestra conciencia, sino que les atribuye una eficacia relativa independiente de nuestros sentidos. Tal como se presenta, con sus contradicciones y sus ideas indeterminadas, Soloviov es uno de los primeros pensadores contemporáneos.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAYATSKY

(CONTINUACIÓN)

Vimos á Logarh, fortaleza conquistada por Sivaji de los Mogoles en 1670, y las ruinas de la habitación donde la viuda de Nana Farnavese, so color del protectorado inglés, fué *de facto* prisionera del general Wellesley en 1804, con una pensión anual de 12.000 rupías. Luego nos dirigimos á la aldea de Vargaon, que un tiempo estuvo fortificada y que era aún muy rica. Debíamos pasar allí las horas más calurosas del día, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y proseguir después á las históricas cuevas de Birsa y Badjah, á unas tres millas de Karli.

A cosa de las dos, cuando, á pesar de moverse los enormes punkahs, echábamos pestes contra el calor, apareció nuestro amigo el brahman Mah-ratta, que creíamos haber perdido en el camino. Acompañado de media docena de daknis (habitantes de la meseta del Dekhan), avanzaba lentamente sentado casi en las orejas de su caballo, que relinchaba y parecía con pocas ganas de andar. Cuando llegó á la verandah y echó pie á tierra, comprendimos la causa de su desaparición. De través en la silla llevaba atado un enorme tigre, cuya cola arrastraba por el polvo. Quedaban señales de sangre negra en su boca entreabierta. Bajáronlo del caballo y lo colocaron al pie de los escalones de la entrada.

¿Era acaso nuestro visitante de la noche anterior? Miré á Gulab-Sing. Yacía éste sobre una manta en un rincón, la cabeza apoyada en una mano y leyendo. Frunció ligeramente el entrecejo, pero no dijo una palabra. El brahman que había traído al tigre, permanecía también silencioso, inspeccionando ciertos preparativos, como para alguna solemnidad. Pronto supimos que, á los ojos de la gente supersticiosa, lo que iba á verificarse era, verdaderamente, una solemnidad.

Un poco de pelo cortado de la piel de un tigre que no ha sido muerto por bala ni cuchillo, sino por una «palabra», es considerado el mejor de todos los talismanes contra su raza.

«Esta es una oportunidad rarísima» — explicó al mahratti. — Muy rara vez se encuentra un hombre que posea la *palabra*. Los Yogis y Sadhus no matan generalmente á las fieras, creyendo pecaminosa la destrucción de

cualquier ser viviente, aunque sea cobra ó tigre, de suerte, que únicamente cuidan de apartarse de los animales dañinos. Sólo existe en la India una fraternidad cuyos individuos poseen todos los secretos, y para quienes no hay nada oculto en la Naturaleza. Aquí está el cuerpo de un tigre que atestigua que el animal no fué muerto con ninguna clase de armas, sino sencillamente por medio de la *palabra* de Gulab-Lal-Sing. Lo encontré fácilmente entre los matorrales, exactamente debajo de nuestro vihâra, al pie de la roca desde la cual el tigre había rodado ya muerto. Los tigres jamás dan pasos en falso. ¡Gulab-Lal-Sing, sois un Raj-Yogi, y yo os saludo! — añadió el orgulloso brahman hincando la rodilla ante el Takur.

«¡No empleéis palabras vanas, Krishna Rao!» — interrumpió Gulab-Sing. — «Levantaos; no hagáis el papel de un Shudra.»

«Os obedezco Sahib, pero perdonadme; confío en mi propio juicio. Ningún Raj Yogi ha declarado jamás sus relaciones con la Fraternidad, desde el tiempo en que el Monte Abu vino á la existencia.»

Y empezó á distribuir porciones de pelo tomados del animal muerto. Nadie habló. Miré con curiosidad al grupo de mis compañeros de viaje. El coronel, Presidente de nuestra Sociedad, estaba sentado con la mirada baja y muy pálido. Su secretario Mr. Y., echado de espaldas, fumaba un cigarro y miraba al espacio sin expresión alguna en sus ojos; aceptó silenciosamente el pelo y lo puso en su bolsa. Los indios rodeaban al tigre y el Sinhalese trazaba signos misteriosos sobre la frente del animal. Gulab-Sing continuaba leyendo tranquilamente en su libro.

La cueva de Birza, á unas seis millas de Vargaon, está construída bajo el mismo plan que Karli. El techo abovedado del templo se apoya sobre veintiséis columnas de dieciocho pies de altura, y el pórtico sobre cuatro de veinticuatro pies; sobre el pórtico estan esculpidos grupos de caballos, bueyês y elefantes de la más exquisita belleza. La «Cámara de la Iniciación» es una habitación ovalada espaciosa, con columnas y once celdas muy profundas cortadas en la roca. Las cuevas de Bajah son más antiguas y hermosas. Se ven todavía inscripciones que demuestran que todos estos templos fueron contruídos por budhistas, ó más bien por jainas. Los budhistas modernos sólo creen en un Buddha, Gautama, príncipe de Kapilavastu (seis siglos antes de la Era Cristiana), al paso que los jainas reconocen un Buddha en cada uno de sus veinticuatro instructores divinos (Tirthankaras), el último de los cuales fué el Guru (maestro) de Gautama. Esta disparidad es muy embarazosa cuando se trata de conjeturar la antigüedad de éste ó aquél vihâra ó chaitya. El origen de la secta jaina se pierde en la más remota é insondable antigüedad, y así, el nombre de Buddha, mencionado en las inscripciones, puede atribuirse al último de los Buddhas lo mismo que al primero que vivió mucho tiempo antes: 2.200 años antes de Cristo (véase la genealogía de Tod).

Una de las inscripciones de la cueva de Baira, por ejemplo, en caracte-

res cuneiformes, dice: «De un asceta de Nassik al que es digno, al santo Buddha, purificado de pecados, celeste y grande.»

Esto tiende á convencer á los hombres de ciencia de que la cueva fué excavada por budhistas.

Otra inscripción de la misma cueva, pero sobre otra celda, contiene lo siguiente: «Una ofrenda agradable de un pequeño presente á la fuerza movable (la vida), al principio mental (el alma), el bien amado cuerpo material, fruto de Manu, tesoro inapreciable, al más elevado y aquí presente, el Celestial.»

Por supuesto, se saca la conclusión de que el edificio no pertenece á los budhistas, sino á los brahmanes, que creen en Manu.

He aquí dos inscripciones más de las cuevas de Bajah.

«Un don agradable del símbolo y vehículo del purificado Saka-Saka.»

«Don del vehículo de Radha (esposa de Krishna, símbolo de perfección) á Sugata que ha marchado para siempre.»

Sugata es también uno de los nombres de Buddha. ¡Una nueva contradicción!

En estos lugares, en los alrededores de Vargaon, fué donde los Anahrat-tis cogieron al capitán Vaughan, á su esposa y á su hermano, que fueron ahorcados después de la batalla de Khirkí.

A la mañana siguiente marchamos á Chinchor, ó como aquí se le llama, á Chinchud. Este sitio es célebre en los anales del Dekkan. Aquí se encuentra una repetición en miniatura de lo que existe en mayor escala en L'hassa, en el Tibet. Así como Buddha encarna en cada nuevo Dalai-Lama, asimismo aquí, á Gunpati (Ganesha, el dios de sabiduría con la cabeza de elefante), se le permite por su padre Shiva encarnar en el hijo mayor de cierta familia brahman. Hay un templo espléndido erigido en su honor, donde los avatares (encarnaciones) de Gunpati han vivido y han sido adorados por más de doscientos años.

He aquí cómo sucedió:

Hace unos doscientos cincuenta años que á un pobre matrimonio brahman le prometió en sueños el dios de sabiduría encarnar en su hijo primogénito. El muchacho fué llamado Maroba (uno de los títulos del dios) en honor de la deidad. Maroba creció, se casó y tuvo varios hijos, después de lo cual le ordenó el dios que abandonase el mundo y acabase sus días en el desierto. Allí, durante veintidós años, según la leyenda, Maroba hizo milagros y su fama creció de día en día. Vivía en una selva impenetrable, en un rincón del espeso bosque que cubría á Chinchud en aquellos tiempos. Gunpati se le apareció otra vez y le prometió encarnar en sus descendientes durante siete generaciones. Después de esto ya no tuvieron límite sus milagros, de suerte que la gente principió á rendirle culto, concluyendo por construir un templo espléndido para él.

Por último Maroba ordenó á su pueblo que lo enterrase vivo, sentado y con un libro en la mano, y que no volviesen á abrir su sepultura, so pena de su ira y maldición. Después del entierro de Maroba, Gunpati encarnó en su primogénito, quien á su vez principió una vida de conjuros. De suerte que Maroba-Deo I fué reemplazado por Chintaman-Deo I. Este último dios tuvo ocho esposas y ocho hijos. Las tretas del mayor de estos hijos, Narayan-Deo I, se hicieron tan célebres, que su fama llegó á oídos del emperador Alamgir. A fin de probar la extensión de su «deificación», Alamgir le mandó un pedazo de la cola de una vaca envuelta en riquísimas telas y cubiertas. Ahora bien; el tocar la cola de una vaca muerta es la mayor de las degradaciones para un hindu. Al recibirla Narayan roció el paquete con agua, y cuando lo desenvolvieron encontraron un ramillete de syringas blancas en lugar de la impia cola. Esta transformación satisfizo tanto al emperador, que regaló al dios ocho aldeas para atender á sus gastos particulares. La posición social y la propiedad de Narayan fueron heredadas por Chintaman-Deo II, cuyo heredero fué Dharmadhar, y finalmente subió al poder Narayan II. Este atrajo la maldición de Gunpati, violando la tumba de Maroba. Esta es la razón por qué su hijo, el último de los dioses, ha de morir sin sucesión.

Cuando nosotros le vimos era un anciano de unos noventa años. Estaba sentado en una especie de plataforma. Su cabeza temblaba y sus ojos, de estúpida mirada, no nos veían, resultado del constante empleo del opio. En su cuello, orejas y en los dedos de los pies, brillaban piedras preciosas, y á su alrededor había numerosas ofrendas. Nos vimos obligados á descalzarnos para que nos permitiesen acercarnos á esta reliquia medio arruinada.

En la tarde del mismo día volvimos á Bombay. Dos días después debíamos salir para nuestro largo viaje á las provincias del Noroeste. Teníamos que ver á Nassik, una de las pocas ciudades mencionadas por los historiadores griegos, sus cuevas y la torre de Rama; visitar á Allahabad, el antiguo Prayága, la metrópoli de la dinastía de la luna, construída en la confluencia del Ganges y del Jumna; á Benares, la ciudad de los cinco mil templos y otros tantos monos; á Cawnpur, notable por la sangrienta venganza de Nana Sahib; teníamos que ver los restos de la ciudad del sol, destruída, según el cómputo de Colebrooke, hace seis mil años; á Agra y á Delhi; y luego, después de explorar el Rajistan con sus mil castillos takures, fortalezas, ruinas y leyendas, debíamos ir á Lahore, la metrópoli del Punjab, y finalmente, detenernos un poco de tiempo en Amritsar. Allí, en el Templo de Oro, construído en el centro del «Lago de la Inmortalidad», habria de verificarse la primera reunión de los miembros de nuestra Sociedad: brahmanes, budhistas, sikhs, etc., en una palabra, los representantes de las mil y una sectas de la India, simpatizadores todos, en mayor ó menor grado, con la idea de la Fraternidad Humana de nuestra Sociedad Teosófica.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

Guido Villa.—*La Psicología contemporánea.*—Traducción del italiano de D. U. González Serrano.—Un volumen 10 pesetas. (Biblioteca científico-filosófica.)

Trátase de un excelente manual de psicología, y mas que de un manual, de una información completa del estado actual de esta ciencia.

La obra del profesor Villa ahorra en este sentido muchísimas y muy enojosas lecturas; pero á pesar de condición tan recomendable en unos tiempos que transcurren tan de prisa, tiene la obra el defecto capital, título hermoso en otro sentido—el de la sinceridad—de ser demasiado parcial, y sobre todo, oficial.

En realidad es una historia de la psicología (fisiológica), una historia de su desenvolvimiento universitario; así, pues, no hay que cansarse en buscar esos capítulos de psico-física independiente, para la cual no tiene más atención que la cita fugitiva y casi oculta del ilustre Aksackof.

Lástima grande que una obra de tanto arresto mantenga la rutina y el criterio prestadizo de los pontifices de la cátedra, inconsecuencia verdaderamente injusta, ya que los orígenes de la ciencia en cuestión (y en absoluto todos) no han podido ser más antiacadémicos y, sobre todo, más independientes y libres.

Ciertamente que como dentro del programa que se ha impuesto el autor hay mucho bueno y digno de leerse y estudiarse, no vacilo en recomendar al público la obra, excelente y amena, sobre todo en los capítulos sobre la historia de la psicología y los métodos psicológicos, excusándonos de hacer constar la fidelidad y demás méritos de la traducción que con muy buen acierto ha sido encomendada á uno de los más ilustres catedráticos españoles.

R. U.